

PARTE III
ESPACIOS, COTIDIANIDADES
Y RESISTENCIAS

Expresiones juveniles en espacios de violencias: una forma de hacer memoria y denunciar el olvido

*Janeth Restrepo**

Inicio

“Cuando me asalta el miedo invento una imagen”. Con esta frase de Goethe, Paul Virilio (2006, p. 89) piensa en la ciudad-pánico. Inventar imágenes es quizás la definición que mejor se acerca a las expresiones juveniles en una ciudad-pánico como Medellín; una ciudad en la que a pesar del miedo, producto de una violencia prolongada, se crean imágenes que rompen el silencio y narran historias –sus historias– en esos territorios de disputa, en los que ya nadie entiende qué es lo que realmente se pelea, pero que tiene, de uno u otro lado, a los jóvenes en el centro de la situación.

* Historiadora en la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. En la actualidad es candidata al título de magíster en Historia y Memoria de la Universidad Nacional del Plata, Argentina, y becaria en iniciación a la investigación en categoría B3 del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso). Correo electrónico: janeresma@yahoo.es

Este escrito se inicia con la idea de ciudad-pánico de Virilio, la mejor antecámara para enunciar que se va a escribir de un tema nada nuevo: la violencia en Medellín. Estas líneas se centrarán en las diversas formas de movilización juvenil que emergen en diferentes barrios marginales de la ciudad. Se hablará, entonces, de un grupo social cuya imagen ha estado vinculada a la del pandillero, criminal, miliciano; estigma social que ha sido bien administrado desde el poder televisivo y que ha logrado instalar un imaginario desfavorable sobre los jóvenes que habitan los barrios populares de la ciudad. En los dos últimos años este imaginario ha vuelto a tomar fuerza cuando los asesinatos, el control de la circulación del espacio, los reclutamientos, las desapariciones, los desplazamientos forzados y las masacres vuelven a ser una constante y tienen a los jóvenes de uno u otro lado: como víctimas o como victimarios.

La idea central que sustenta estas reflexiones es la interrelación existente entre la emergencia de determinadas expresiones de movilización de la sociedad civil y los lugares marcados por las más variadas formas de violencia y exclusión social. De ahí que no sea fortuito que este primer acercamiento investigativo se haya centrado en propuestas de expresión juvenil en los años 2009 y 2010, periodo en el que se agudizó la situación de violencia armada que vive la ciudad desde la década de los ochenta.

El corpus etnográfico de este ensayo está conformado por las experiencias de tres agrupaciones juveniles —experiencias que son consideradas constitutivas de una identidad de grupo— en las que existen unas demandas sociales que actúan como constantes: visibilizar la situación de peligro en la que se encuentran los jóvenes, denunciar el estigma generalizador de criminales y construir propuestas de vida distintas a las de la violencia. Las experiencias grupales que fueron entrevistadas y analizadas son: la Red Élite de Hip-Hop de la comuna 13 (San Javier), el colectivo Toke de Salida de la comuna 6 (12 de Octubre) y la comuna 5 (Castilla) y el grupo juvenil Forjadores del Mañana de la comuna 4 (Aranjuez).

Cada una de estas agrupaciones se origina en un contexto de conflicto, y si bien existe diversidad en las fechas en que surgen, en la actualidad las tres están atravesadas por un interrogante común: como jóvenes, ¿qué vamos a hacer? Algunas de las respuestas encontradas por ellos son las que han impulsado la escritura de las páginas que vienen a continuación.

Nos-otros los jóvenes. En red-ando¹

La Red Élite Hip-Hop de la comuna 13 emerge en el trágico periodo de violencia que azotó esta comuna en el año 2002, cuando fue objeto de dos operaciones militares antiterroristas por parte del gobierno de turno.

Ante la situación de violencia extrema que vivía la comuna, la Asociación Cristiana Juvenil (ACJ)² decidió convocar a los raperos de la comuna 13 para conformar una red. De esa propuesta nace lo que hoy se conoce como la “Red Élite de Hip-Hop”. Desde entonces, un género musical que estaba comenzando a hacerse sentir se convirtió en toda una cultura musical que marca una forma de vida, una expresión y un territorio de resistencia (Garcés, 2005).

Mientras en sus barrios, ubicados en las laderas de la comuna, “se disparaba indiscriminadamente” y se hacía imposible asistir a los centros educativos –muchos de los cuales tuvieron que suspender las clases–, los jóvenes reunidos alrededor de la propuesta de la ACJ buscaron un refugio en la música y en el encuentro de pares, en un espacio que les ofrecía algo distinto a la guerra. En medio del caos, fruto del tronar de las armas, estos jóvenes resistieron y empezaron “a soñar, a unificar fuerzas, a entender otras cosas”.

De esta forma, en un contexto de violencia sociopolítica, estos jóvenes fueron dando cuerpo a lo que ellos denominan “un acto de resistencia pacífica

1 Título tomado de la investigación de Garcés (2005).

2 Esta organización lleva veinte años de trabajo con la población juvenil de la ciudad.

de la comunidad”, cuya acción satélite fue el Festival de Hip-Hop llevado a cabo en septiembre del 2002 con el nombre “La Operación Élite Hip-Hop: en la 13 la violencia no nos vence”.

El contexto de violencia en el que se origina la red marcó, sin duda, a los jóvenes reunidos a su alrededor y permitió instalar el hip-hop como una alternativa de vida diferente a la violencia. Esta idea todavía hoy sigue fortaleciéndose, cuando la ciudad vuelve a ser un escenario de confrontaciones armadas que tiene por protagonistas a los llamados “combos delincuenciales”³, los cuales hacen presencia en los barrios periféricos de la ciudad. En este escenario, la búsqueda de alternativas para ofrecer otros referentes de vida a los jóvenes, en tanto estrategia para “robárselos” a la guerra, tiene hoy a los *hoppers* como blanco de amenazas y asesinatos por parte de los actores armados que hacen presencia en sus barrios y que buscan eliminar toda forma de resistencia por parte de la comunidad.

Porque la opción no es encerrarnos: Toke de Salida

Toke de Salida hace referencia a una estrategia de resistencia pacífica juvenil originada en el segundo semestre del 2009. Este colectivo está conformado por jóvenes entre los 16 y 25 años habitantes de diferentes barrios de la comuna 5 (Castilla) y la comuna 6 (12 de octubre).

Esta estrategia emerge en un contexto de agudización del conflicto, para hacerle oposición, desde la música y las marchas artísticas, al control espacial y libertad de locomoción ejercido por parte de los actores armados, así como al toque de queda impuesto por la Alcaldía a los menores de edad entre las seis de la tarde y las cinco de la mañana⁴.

3 La palabra “combos” hace alusión a diferentes estructuras criminales de la ciudad. En el 2010, la prensa local y nacional hablaba de la existencia de alrededor de 150 combos armados.

4 La medida comenzó a regir a partir del segundo semestre del año 2009: “Proteger la vida de los jóvenes [...] toda vez que este grupo poblacional es el que, en mayor número, está siendo asesinado y, además, registra una alta participación en la comisión de homicidios, fueron los argumentos entregados por Alonso Salazar Jaramillo, alcalde de la ciudad, para justificar la determinación” (Instituto Popular de Capacitación, 2009).

En resistencia al doble control, distintas agrupaciones juveniles se articularon y crearon el colectivo Toke de Salida, para denunciar públicamente que encerrar a los jóvenes que no hacían parte de la guerra no era la mejor opción. Su primera estrategia de denuncia consistió en desobedecer el horario del toque de queda, convocando a los jóvenes a una cancha de fútbol (lugar de disputa entre los grupos armados) a un *toke* musical en el que participaron varias bandas juveniles de rock.

La segunda estrategia fue una marcha que tuvo por lema principal “No seas un payaso más de la guerra”, con lo cual buscaban enviar un mensaje de paz y una señal de cansancio a los grupos armados por las llamadas “frenteras invisibles” que les impedía –y sigue impidiéndoles– transitar libremente por sus territorios y de un barrio a otro.

Con estas estrategias de corte simbólico, que no utilizan la confrontación directa, el mensaje que el colectivo buscaba dejar instalado era que los jóvenes no constituyen el problema “sino la solución”, al igual que hacer un llamado a la población a resistir.

Jugaremos en el bosque mientras la paz esté: ¿la paz está?

El grupo juvenil Forjadores del Mañana surgió en el 2001. La mayoría de sus integrantes pertenecen a la comuna 2 (Santa Cruz) y a la comuna 4 (Aranjuez). El grupo está conformado por un número aproximado de 20 jóvenes entre los 12 y los 26 años. La creación del grupo está ligada a la preocupación de algunas familias por el reclutamiento y desplazamiento forzado del que estaban siendo víctimas sus hijos por parte de los actores armados. Luego de preguntarse “¿qué vamos a hacer?”, la conformación de un grupo juvenil que sirviera como un espacio de encuentro de los jóvenes fue la mejor respuesta.

En el 2010, el barrio se convirtió nuevamente en un escenario de disputa territorial entre diversos combos armados. La realidad de peligro para una nueva generación de jóvenes se hizo latente. Muchos de ellos, en su mayoría menores de edad, tuvieron que desplazarse para evitar la muerte o el reclutamiento. Como consecuencia de esta situación, el sector de Playa Rica, principal radio de acción del grupo, quedó con un mínimo de jóvenes y con un territorio en el que las marcas de la violencia estaban por doquier.

La desolación del espacio, sumado a la imagen de las casas destruidas, reactualizaron la pregunta “¿qué hacer?”. La respuesta, esta vez, fue la realización de un video documental que sirviera de prueba de lo ocurrido, al igual que algunas actividades recreativas que permitieran a la gente “relajarse” en medio de tanta violencia. Las grabaciones del video, con cámara en mano, fueron realizadas con la presencia de los mismos actores armados, con los que hubo que conciliar para que permitieran el registro filmico.

Si bien “en el video lo que quisimos mostrar fue la causa y las consecuencias de una violencia entre la misma comunidad”, el grupo no se enfocó en la naturaleza de los actores armados, sino en buscar alternativas para crear y recrear otra cara de la moneda distinta a la violencia: la de los jóvenes que no están en la guerra y para los que su participación en un grupo juvenil que hace recreación y teatro representa una luz en contextos donde solo existen dos cosas: “luces oscuras y luces claritas. Aquellas luces que están oscuritas toca repararlas, porque ser joven es ser luz para respirar aire de alegría y libertad”.

Los jóvenes no somos peligrosos: estamos en peligro

Diciembre de 2008. Una tensa calma rodea la navidad en las laderas de la ciudad, aquellas laderas que han servido de escenario a muchas violencias que pareciesen, dada su continuidad, ser una sola. Algunos habitantes, como sabuesos que huelen el peligro, comienzan a enunciar que “la cosa se va a calentar”. Ya han llegado emisarios, ángeles negros dando señales

de ello. Los mensajes dicen que alguien que se hace llamar “Don” está reclutando jóvenes para lo que será una “nueva” disputa por el control de la ciudad.

Mediados de 2009. “Una nueva ola de violencia otra vez acá, en la comuna [...] Recuerdo una de las noches donde solo en el barrio hubo alrededor de 7 u 8 muertos en una noche, una cifra impresionante”. Este es el recuerdo de uno de los jóvenes que participó en la marcha “No seas un payaso más de la guerra”, organizada por el colectivo Toke de Salida a finales del 2009. Pronuncia estas palabras mientras sus ojos se pierden en el recuerdo de aquella marcha, en la que hizo siluetas en el piso que, en vez de sostener armas con sus manos, sostenían ramilletes de flores. Su recuerdo va acompañado de una mirada dirigida hacia las montañas que rodean la ciudad; aquellas que parecen estar protegiéndoles, pero también encerrándoles, impidiendo que se inhale un aire perfumado de libertad, como se canta en el himno regional.

La evocación de un perfume de libertad, ausente en las montañas, es un intento poético para aludir a una realidad que representa lo contrario a la libertad: el encierro de una multitud de jóvenes en territorios de conflicto armado y de exclusión social. Sin embargo, en estos espacios antipoéticos, distintos grupos de jóvenes luchan por superar las adversidades que conforman su día a día, superando a las montañas mismas para poder *ser* grupos de jóvenes que pese a la ciudad-pánico, levantan la cabeza desde sus espacios controlados, para mirar qué hay detrás del encierro y gritar que están allí; jóvenes que hacen revoluciones sin usar armas, porque su lucha no es por el territorio, las drogas o lo que quiera que se dispute con la guerra, sino por la conquista de la vida. Esa conquista “no es un tema de colonización”, sino de conquistar con el corazón, como dicen los *hoppers* de la Élite de Hip-Hop de la comuna 13.

El imaginario social desfavorable que se ha creado respecto a los jóvenes de los barrios populares agudiza más su aislamiento, exclusión y olvido. Ante

esta situación resulta relevante la reflexión sobre cómo viven los jóvenes que no participan de la violencia armada en esos espacios, cómo se ven ante una propuesta de ciudad y qué piensan de las representaciones que de ellos se construyen desde afuera. El Conde, joven grafitero del barrio Santander de la comuna 6, expresa su opinión acerca del estigma que recae sobre ellos:

La percepción que se tiene acerca de los jóvenes de Medellín es que somos vándalos, somos delincuentes [...], pero ya que usted me da la oportunidad, yo quiero decir que no todos, y que los que están ahí [en los grupos armados] hay que mirarles las condiciones económicas, sociales, culturales, educativas [...], para uno poder llegar y juzgar por qué están ahí. Uno no puede llegar y decir así, a boca llena: “Es que él es un delincuente porque él es joven”. ¡No, eso no es cierto, eso no es verdad! El hecho de que el joven sea delincuente por ser joven, eso no es verdad.

“El caos como principio de todo” es la definición dada por el Conde para nombrar el conflicto actual. Esta frase podría ser la que mejor define lo vivido por varias generaciones en los distintos ciclos de violencia que ha sufrido Medellín. Después de una sensación aparente de paz entre los años 2006 y 2008, la violencia en la ciudad ha vuelto a ser noticia de primera plana. Pero si bien las apuestas por la muerte han sido las imágenes que se han robado el *show*, el instinto de supervivencia de los habitantes en los barrios más afectados por la violencia actúa como un imán que ha potencializado nuevas formas de agenciamiento. Con ello emerge una reconfiguración en las narrativas de los espacios violentos, cuyas historias no son de guerra sino de resistencia y gritan que en esta ciudad montañosa aún quedan deseos de vida y de paz. En estas historias el recordar se vuelve un acto de resistencia para decir “no más” y para correr y gritar que “los jóvenes no somos peligrosos, sino que estamos en peligro”.

La vida en los espacios de violencia

En las estrategias de expresión juvenil estudiadas puede verse cómo diversos grupos de jóvenes, a pesar de vivir en las mayores adversidades, crean propuestas alternativas a esa realidad que los estigmatiza como peligrosos y que sirve de base para su exclusión social. Estos jóvenes son líderes juveniles que piensan y se piensan el lugar y contexto histórico que les ha tocado vivir, y han demostrado que es posible soñar en una ciudad con montañas que realmente huelan a libertad.

En una ciudad donde diversos procesos de paz llevados a cabo en la década del noventa (Márquez, 2003) no aseguraron la pervivencia de la paz, el interés por el pasado reciente influye en las generaciones actuales y en sus formas de percibir el espacio y el tiempo. Los jóvenes vuelven sobre este pasado cercano en un afán de darle un giro a la generalización de la juventud como violenta y peligrosa, utilizando su potencial creador para comprender lo ocurrido, generar opciones y jalonar cambios.

Estas nuevas generaciones son las que, quizás a causa de un peso de silencio cargado por mucho tiempo, demuestran cansancio, es cierto, pero este no deja de estar acompañado de optimismo ante la posibilidad de la transformación. Territorializados en lugares concretos como lo son sus barrios –espacios que han sido escenario de cruentas violencias–, la identificación con estos es lo que ha posibilitado la emergencia de acciones concretas en las que se hace resistencia, recordando lo que ocurrió, contando lo que ocurre y creando nuevos estilos de vida en contextos adversos en los que las violencias hacen parte de la cotidianidad.

Asimismo, en las diversas formas de expresión juvenil, que emergen como una reacción ante una situación de violencia, es posible reconocer una labor de resignificación no solo espacial sino también conceptual. En esas resignificaciones, buscar cambiar la imagen del barrio y del joven es una labor fundamental, a fin de no justificar la exclusión social; por ello, se crean

demandas concretas en las que los jóvenes denuncian el olvido al que se ven sometidos ante un estigma social que les precede. En estas apuestas será común que conceptos como revolución, resistencia, movilización y política tengan definiciones propias acompañadas por mensajes de paz.

Una hipótesis inicial para lo que ha sido este primer acercamiento a las expresiones juveniles en espacios de confrontación armada, pobreza extrema y exclusión social es que en estos lugares las expresiones simbólicas de lo juvenil guardan una relación directa con el conflicto y la memoria. Esta última es un incentivo para crear diversas acciones en las que los jóvenes se posicionan críticamente frente a un contexto histórico, dando a conocer que en los sectores populares existen otras formas de ser joven distintas a la de ser criminal-peligroso, para lo cual se entablan demandas concretas de índole socioeconómica, pero también se proponen soluciones. Y para ello utilizan como medio de acción y visibilización diversas expresiones colectivas juveniles, tales como el hip-hop, convertido en un ritmo musical de revolución; el grafiti, como herramienta para pintar mensajes de paz en las calles; el video documental, que busca hacer memoria a través de la narración de la historia de un barrio que se quedó sin jóvenes a causa de la violencia; y la marcha, que rompe fronteras imaginarias de lugares que, por antojo de algunos, se han vuelto territorios en disputa.

Estas expresiones son las que les posibilitaron –y posibilitan– a los jóvenes protagonistas de estas líneas recordar, cuestionar, denunciar y resistir hacia un adentro (el barrio) y hacia un afuera (la ciudad), indicando que ellos existen y que no son peligrosos. Sus prácticas de no violencia buscan, además, hacer memoria en una ciudad donde el miedo ha hecho pensar que existe una rutinización de la violencia y una indiferencia hacia el dolor.

La relación entre denuncia y resistencia puede verse reflejada en el mensaje que buscó instalar el colectivo Toke de Salida con la marcha “No seas un payaso más de la guerra”, con la cual se convocaba a la acción, a decir que no se puede ser indiferente a lo que está ocurriendo, a ratificar la vida

y a hacer una apuesta a “no quedarse callados frente a las situaciones que nos sucedan”.

Junto con la denuncia por medio de actos simbólicos, otro lugar común a las expresiones juveniles es considerar la cultura como una posibilidad de acción y de construcción de oportunidades de vida distintas a las de la violencia. Para tal caso, la cultura –entendiendo por esta todo lo relacionado con las expresiones estéticas, musicales y recreativas– es el medio que permite “cambiar el pensamiento de la cultura de la muerte por la cultura de la vida” (Toke de Salida), crear “espacios en los que uno se puede distraer, para que los niños y todos se despejen” de las violencias de las que son testigos (Forjadores del Mañana) o simplemente para “hacer ciudadanía en Medellín” (la Élite de Hip-Hop). En resumen, la cultura es el vehículo para “combatir la violencia” y crear referentes de vida para niños y jóvenes.

Las expresiones juveniles, como construcciones dinámicas en el tiempo ligadas al contexto histórico en el que surgen, invitan a pensar a “los jóvenes como sujetos sociales y a considerar la juventud bajo condiciones que se desprenden de la cultura, como son la situación histórica, la condición de clase, etnia, género, estéticas, modos de sentir, integración simbólica, redes de mercado” (Garcés, 2005, p. 26). Esta mirada permite no solo construir interrogantes sobre la singularidad de lo juvenil, sino también replantear las miradas y posiciones desde las que se construye la *otredad*.

Medellín se constituye entonces como un espacio que es a la vez historia y memoria:

[Los jóvenes] están tratando de lidiar con el terror y el horror de la violencia que les rodea –y de la que son parte activa o no tan activa–, preocupándose por establecer lazos con el pasado, de crear continuidad en sus vidas, mientras se sitúan en posiciones cambiantes y contradictorias frente a su vivencia de la violencia (Riaño, 2000, p. 35).

La reconfiguración de los territorios en los que los jóvenes ejercen su acción (barrio, comuna o ciudad) actúa como escenarios de disputa de un lugar ordenado espacialmente por los actores armados y por el Estado. Esta realidad va en consonancia con lo que concluyó Riaño (2000) sobre los lugares de violencia urbanos, al hallar una estrecha relación entre “la presencia cotidiana de múltiples violencias” y el modo en que los jóvenes “construyen un sentido del nosotros y de los otros y se posicionan como sujetos” (p. 23).

Igualmente, estos territorios están asociados directamente con un actuar en el espacio público, siendo allí donde dan a conocer sus propuestas de gestión y acción en cuanto a determinadas situaciones. Para Toke de Salida, el espacio fue una cancha deportiva identificada como lugar de conflicto, o una marcha que desafiaba los territorios marcados como prohibidos por los grupos armados. Para la Élite de Hip-Hop son todos aquellos territorios marcados por la cultura *hopper*, visibilizada, en gran medida, a través del Festival de Hip-Hop que trasciende la comuna y llega hasta la ciudad. Por su parte, Forjadores del Mañana hace de la recreación su estrategia para llevar sonrisas y juego a lugares donde las balas y la violencia han encerrado a la población.

Las agrupaciones juveniles reconfiguran el territorio creando fisuras y vaciamientos de un poder que se muestra como total, reconfigurándolo como escenarios de organización y participación juvenil. De acuerdo con esto, “el sentido de lugar es una herramienta fundamental para los(as) jóvenes, tanto como estrategia de su quehacer cultural como de construcciones identitarias” (Riaño, 2004, p. 26). Una forma de esos sentidos es descrita así por uno de los integrantes de Toke de Salida: “Yo pienso que el papel fundamental de nosotros como jóvenes que venimos promoviendo otras serie de cosas es [...] transformar el territorio desde alternativas de organización y participación juvenil”.

Es en el espacio público donde adquieren sentido las diversas formas de expresión juvenil y se inauguran nuevos espacios de participación y de

renovación de liderazgos. En este proceso, el barrio y la ciudad son reconfigurados, y la memoria se convierte en un vehículo que convoca a la acción: “Como jóvenes no podemos vernos siempre como víctimas de los victimarios [...] Sí, me da temor, pero me da más temor el no hacer algo para cambiar esto”. Estas palabras de una joven del colectivo Toke de Salida van en la misma vía de lo que piensa Angie, de Forjadores del Mañana: “Uno a toda hora no puede pensar que huir es la mejor solución”.

En un contexto de conflicto como lo es Medellín, el sentido otorgado a los lugares continúa en el tiempo, pese a la fragmentación social y territorial causada por esa fuerza desplazadora que es la violencia. En ellos, la memoria es una herramienta que posibilita la comunicación y la creación de lazos de solidaridad que refuerzan el sentido de pertenencia a un lugar y a una historia común. El lugar no solo influye en los significados que los jóvenes otorgan a la experiencia vivida, sino también en la forma como recuerdan y tramitan el pasado y en las estrategias de movilización que utilizan. Recordemos que el lugar, al igual que los acontecimientos, las personas o personajes, son elementos constitutivos de la memoria tanto individual como colectiva (Pollak, 2006, pp. 34-35).

En consonancia con Sibilía (2008), puede decirse que los modos de inscripción del pasado en la psiquis aseguran

que nada en la vida psíquica se pierda para siempre, porque todo lo que ha sucedido puede reaparecer y tornarse significativo en el presente. Todo queda amontonado en el desván de la memoria, aunque parezca haber sucumbido a las nieblas del olvido (p. 135).

En este sentido, no es extraño que en sus demandas los jóvenes unan problemáticas y luchas actuales con otras pasadas, las cuales han quedado, quizás, pendientes por parte de otras generaciones, pero que han sido transmitidas para ser reactualizadas en el presente.

En los casos aquí descritos, el dispositivo de activación del recuerdo es la continuación de un conflicto ligado a historias pasadas de violencias relacionadas con el narcotráfico, las operaciones militares contrasubversivas, el control social de grupos paramilitares y las acciones represivas del Estado en contra de los jóvenes de los barrios populares. Este saber, esta conciencia de lo ocurrido, motiva en los jóvenes la creación de unos referentes comunes que actúan como puentes de memoria entre su presente y la historia del pasado reciente de la ciudad y del país. No es gratuito que las tres propuestas, sin conectarse la una con la otra, conduzcan a dejar instalado un mismo mensaje: el querer la paz, pero también de decir cómo. Y ese “cómo” se traduce en ofrecer otras alternativas de vida, sea desde la música, el grafiti, la recreación o, simplemente, como lo dice uno de los fundadores de la Élite, desde “grupos de jóvenes que se unen en espacios que le apuestan a la vida y a sus sueños, sin importar lo difícil que esto sea”.

Referencias

- Agencia de Prensa del Instituto Popular de Capacitación (2009, 24 de agosto). Escepticismo en la comuna 6 por toque de queda a menores. Recuperado de <http://www.inforiente.info/ediciones/2009/agosto/2009-08-24/15014-escepticismo-en-la-comuna-6-por-toque-de-queda-a-menores.html>
- Garcés Montoya, Á. (2005). *Nos-otros los jóvenes. Polisemias de las culturas y los territorios musicales en Medellín*. Medellín: Universidad de Medellín.
- Márquez Valderrama, F. (2003). Las alianzas y la concertación: un camino recorrido a favor de la juventud en la ciudad de Medellín. Ponencia presentada en el Congreso Internacional sobre Políticas de Juventud.
- Pollak, M. (2006). *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. La Plata: Al Margen.

- Riaño Alcalá, P. (2000). La memoria viva de las muertes. Lugares e identidades juveniles en Medellín. *Análisis Político*, 41. Recuperado de <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/colombia/assets/own/analisis%20politico%2041.pdf>
- Riaño Alcalá, P. (2004). *Encuentros artísticos con el dolor, las memorias y las violencias*. Recuperado de <http://www.flacso.org.ec/docs/i21riano.pdf>
- Sibilia, P. (2008). *La intimidad como espectáculo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Virilio, P. (2006). *Ciudad pánico. El afuera comienza aquí*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.